

CAPITULO CUARTO.

(693-695).

I. Miétras en Roma se rebajaban las antiguas reputaciones en luchas sin grandeza y sin patriotismo, otras se levantaban, por el contrario, en los campamentos por el esplendor de la gloria militar. César al salir de su pretura, había pasado á la España ulterior, que le había tocado en suerte; vanamente sus acreedores habían procurado demorar su partida: él había recurrido al crédito de Craso, que le salió fiador por la suma de 830 talentos (unos 19 millones de reales). (1). Ni siquiera aguardó las instituciones del senado (2), que, por otra parte, no podían estar prontas por mucho tiempo, por haber la asamblea aplazado los asuntos concernientes á las provincias consulares para despues del proceso de Clodio, que terminó hasta Abril del año 693 (3). Aquella prisa por acudir á su puesto no podía pues tener por razon el temor de nuevas persecuciones, como se ha supuesto, pero estaba motivada por el deseo de llevar auxilios á los aliados que imploraban la proteccion romana contra los montañeses de la Lusitania. Siempre fiel á sus protegidos (4), llevaba consigo á España

(1) Plutarco, *César*, XII.—Apiano, *Guerras civiles*, II, n, 8, habla de 25 millones de sestercios, ó sean unos 18 millones de reales.

(2) Suetonio, *César*, XVIII.

(3) Ciceron, *Cartas á Atico*, I, XIV y XVI.

(4) "Desde su juventud, se mostró celoso y fiel con sus clientes." [Suetonio, *César*, LXXI.]

un joven africano de ilustre prosapia, llamado Masinta, cliente suyo, á quien recientemente habia defendido en Roma con sumo ardor y tenido oculto en su casa despues que salió condenado (1), para sustraerle á la venganza de Juba, hijo de Hiempsal, rey de Numidia.

Es fama que al traspasar los Alpes, habiendo César hecho alto en una aldea, sus oficiales le preguntaron en son de broma si creia que hasta en aquel oscuro rincon de la tierra, habria amafios y rivalidades, á lo que respondió seriamente: "preferiria ser el primero entre estos bárbaros á ser el segundo en Roma (2)." Esta anécdota mas ó ménos auténtica, se repite como una prueba de la ambicion de César. ¿Quién duda de esa ambicion? Lo esencial es saber si era legítima, si debia ejercerse para la salvacion ó para la ruina del mundo romano; y despues de todo, ¿no es mas honroso y mas noble confesar con franqueza los sentimientos que nos animan, que ocultar, como Pompeyo, el ardor del deseo bajo la capa del desden?

Llegado á España, levantó sin demora diez nuevas cohortes que, unidas á las otras veinte que ya habia en el país, le dieron tres legiones, fuerza suficiente para pacificar en poco tiempo la provincia (3), cuya tranquilidad turbaban continuamente las correrías de los habitantes del monte Herminio (4), que talaban el llano. Exigióles que se estableciesen en él, y como se negasen á ello, César emprendió entónces una terrible guerra de montaña y logró someterlos. Escarmentados con aquel ejemplo y temerosos de una suerte igual, las tribus vecinas trasportaron á la opuesta márgen del Durio [*Duro*] sus familias y sus objetos mas preciosos, ocasion de que se aprovechó el general romano para penetrar en el valle del Mondego, apoderarse de los pueblos abandonados y seguir el alcance á los fugitivos, los cuales, viendo ya el enemigo encima, se revolviéron contra él, resueltos á aceptar la batalla echando por delante á sus ganados, con la esperanza de que, á favor de aquel ardid, los romanos, ocupados en apo-

(1) Suetonio, *César*, LXXI.

(2) Plutarco, *César*, XII.

(3) Plutarco, *César*, XII.

(4) Cordillera de Portugal, llamada hoy *serra da Estrella*, y que separa la cuenca del Tajo del valle del Mondego. Al decir de Celario [*Geografía antigua*, I, LX.]; el monte Herminio se llama todavía *Arminno*. El *oppidum* principal de las poblaciones de aquellas montañas parece que fué Medobrega [*Membrio*], de que se hace mención en los *Comentarios de César*, *Guerra de Alejandría*, XLVIII.

derarse del botin, se desbandarian y serian mas fáciles de vencer; pero César no era hombre para caer en aquella grosera celada, y desentendiéndose de los ganados, cargó derecho sobre el enemigo y le puso en completa dispersion. Miétras guerrecaba en el norte de la Lusitania, supo que á su espalda los habitantes del monte Herminio se habian rebelado de nuevo para cerrarle el camino por donde habia venido: tomó otros entónces, pero todavía intentaron aquellos cortarle el paso colocándose en el país situado entre la sierra Albardos (1) y el mar; vencidos y cortada su retirada, viéronse forzados á huir en direccion á las costas del Océano, y se refugiaron en una isla llamada hoy *Peniche de Cima* la cual, no del todo desprendida hoy del continente, ha llegado á ser una península, situada á unas veinte y cinco leguas al norte de Lisboa: (2) César, que carecia de barcas,

[1] Probablemente, en la actual provincia de Beira.

(2) Segun un reconocimiento hecho en agosto de 1861, por el duque de Beluna, no queda la menor duda de que la península de Peniche formó en otro tiempo una isla. Por tradicion conservada entre los naturales del país, parece ser que el Océano llegaba, antiguamente, hasta la ciudad de Ato-guía; pero, supuesto que Dion-Casio habla de la subida de la marea que se tragó á los soldados, de creer es que existiesen algunos vados durante la baja mar. Damos á continuacion los extractos de los varios autores portugueses que han escrito sobre este asunto.

Bernardo de Brito [*Monarquía portuguesa*, t. I, p. 429, Lisboa, 1790], se espresa en estos términos: "Como en toda la costa de Portugal no vemos en nuestros tiempos una isla mas ajustada á las condiciones de aquella á que César queria arribar, que la península en que se encuentra una localidad que, tomando el nombre de la situacion que tiene, se llama *Peniche*, diremos, con nuestro Rosende, que de ella es de la que hablan todos los autores. Y no creo que sea posible discurrir una mas conforme en todo que aquella, porque, á mas de que es única y está poco distante de la tierra firme, vemos que á la baja mar puede vadearse á pié enjute el estrecho que la separa, y con mucha mas facilidad aún de lo que hubiera podido hacerse en los antiguos tiempos, por la razon de que el mar ha cubierto de aren, una gran parte de aquella costa y producido el resultado de que la marea suba ménos en aquel terreno, sin que á pesar de eso deje de ser bastante su altura para que todavía se necesite llegar en barcas á la isla, y esto en un espacio de sobre quinientos pasos de agua que la separa de la tierra firme."

Veamos ahora el pasaje de Rosende: "Sed quærendum utrobique quænam insula ista fuerit terræ contigua, ad quam sive pedibus sive natatu

hizo construir unas balsas en las que pasaron algunas tropas; las otras creyeron poder aventurarse por unos bajos que en la baja mar formaban un vado, pero recientemente atacados por los enemigos en su retirada, perecieron miserablemente á la subida de la marea, salvándose un solo hombre, Publio Scevio, su caudillo; que á pesar de sus heridas, logró llegar nadando á tierra firme. Mas adelante César hizo traer bajeles de Cádiz, pasó á la isla con su ejército y derrotó á los Bárbaros; de allí se dirigió con su escuadra á Abrigantium [hoy *la Coruña*], cuyos moradores, espantados á la vista de las naves, que les eran desconocidas, se sometieron voluntariamente (1), con lo que toda la Lusitania quedó tributaria de los romanos.

“profugi transire potuerint, ad quam similiter et milites trajicere tentarint? Non fuisse Londobrin, cujus meminit Ptolomæus [*Berligam modo dicimus*] “indicio est distantia á continente non modica. Et quum alia juxta Lusitanie totius littus nulla nostro ævo exstet, hæc de qua Dion loquitur, “vel incumbenti violentius mari abrasa, vel certe península illa oppidi Peniche juxta Atonguiam, erit intelligenda. Nam etiam nunc alveo quingentis “passibus lato a continente sejungitur, qui pedibus æstu cedente transitur, “redeunte vero insula plane fit, neque adiri vado potest. Et forte illo sæculo “fuerit aliquanto major.” [L. Andrés de Resende, *De antiquitatibus Lusitania ceteraque historica quæ exstant opera*. Conimbricæ, 1799, t. I, p. 77.]

Antonio Carvalho (*Corografía da costa portuguesa*, t. II, p. 144, Lisboa, 1712) espone las mismas ideas.

Confirma los anteriores datos la siguiente carta de un obispo inglés que formaba parte de la expedición de los cruzados, en tiempo de la toma de Lisboa, bajo el reinado de D. Alfonso Enriquez, en 1147:

“Die, ero quasi decima, impositis sarcinis nostris cum episcopis velificare “inceptimus iter prosperum agentes. Die vero postera ad insulam Phenicis “(vulgo *Peniche*) distantis a continente quasi octingentis passibus feliciter “applicuimus. Insula abundat cervis et maxime cuniculis: liquiricium (*lege “glycyrrhizum*) habet. Tyrii dicunt eam Ericream, Peni Gaddis, id est “septem, ultra quam non est terra; ideo extremus noti orbis terminus dicitur. Juxta hanc sunt duæ insulæ quæ vulgo dicuntur Berlinges, id est “Baleares lingua corrupta, in una quarum est palatium admirabilis architecturæ et multa officinarum diversoria regi cuidam, ut aiunt, quondam “gratissimum secretale hospicium.” [Crucesignati Anglici epistola de expugnatione Olisiponis, en: *Portugallia monumenta historica a sæculo octavo, post Christum usque ad quintum decimum, jussu Academiae scientiarum Olisiponensis edita*. Volumen I, fasciculus III, *Olisipones*, MDCCCLXI, p. 395.]

(1) Dion-Casío, XXXVII, LII.—LIII.—“César derrotó, apenas llegado,

César recibió de sus soldados el título de *imperator*: cuando llegaron á Roma las nuevas de sus victorias, el senado decretó en honor suyo un día de fiesta y le concedió el derecho de triunfar á su regreso (1). Terminada la expedición, ocupóse el vencedor de los Lusitanos en las cosas de la administración, é hizo reinar en su provincia la justicia y la concordia, mereciendo la gratitud de los españoles, con la supresión del tributo establecido por Metelo Pio durante la guerra de Sertorio (2). Atendió sobre todo á poner un término á las desavenencias que diariamente surgían entre acreedores y deudores, disponiendo que estos consagrasen todos los años los dos tercios de sus rentas á la amortización de sus deudas, lo cual, al decir de Plutarco, le honró en gran manera (3). Aquella medida, en efecto, era un acto conservatorio de la propiedad, por cuanto impedía á los usureros romanos apoderarse de todo el capital para reembolsarse, y ya veremos que la hizo general durante su dictadura (4). Por último, después de haber sosegado las dimensiones, colmó de beneficios á los habitantes de Cádiz, les dejó leyes cuya feliz influencia se hizo sentir por mucho tiempo, y abolió en los pueblos de la Lusitania las prácticas bárbaras, algunas de las cuales llegaban hasta sacrificar víctimas humanas (5). Allí tra hó estrecha amistad con un ilustre gaditano, L. Cornelio Balbo, que llegó á ser su *magister fabrum* durante las

á los Lusitanos y á los Gállegos, y se internó hasta el mar exterior, sometió de esta suerte á los romanos unos pueblos que todavía no habían reconocido su autoridad, y volvió de aquel gobierno cargado de gloria y de riquezas, de las cuales dió una parte á sus soldados.” [Zonaras, *Anales*, X, vi].

(1) Apiano, *Guerras civiles*, II, viii.

(2) César, *Guerra de España*, XLII.

(3) Plutarco, *César*, XII.

(4) “Una legión de acusadores se desató contra los que se enriquecían con la usura, atropellando una ley del dictador César, sobre la proporción de los créditos y de las posesiones en Italia, ley caída en desuso de muy atrás por el interés de los particulares.” (Tácito, *Anales*, VI, xvi.—Suetonio, XLII.)

(5) “No recordaré todas las distinciones con que César decoró al pueblo de aquella ciudad cuando era pretor en España; las divisiones que consiguió apaciguar entre los Gaditanos; las leyes que les dió, por ellos consentidas; la antigua barbarie de sus usos y costumbres que supo hacer desaparecer; el celo con que, á ruego de Balbo, los colmó de beneficios.” [Ciceron, *Oracion en favor de Balbo*, XIX].

guerras de las Galias, y á quien defendió Ciceron cuando se le disputó el derecho de ciudadano romano (1).

Sin perjuicio de administrar su provincia con suma equidad, recogió durante la campaña un rico botin, que le sirvió para recompensar á sus soldados y contribuir al tesoro con cuantiosas sumas, sin que se le acusase de concusion y de actos arbitrarios. Su conducta como propretor en España (2) fué elogiada por todos, y entre otros, por Marco Antonio, en un discurso pronunciado despues de la muerte de César.

No fué pues, como supone Suetonio, mendigando subsidios (3), pues no se mendiga al frente de un ejército; tampoco fué abusando de su fuerza como allegó tan grandes riquezas, ántes bien las obtuvo por medio de las contribuciones de guerra, con una buena administracion y hasta por la gratitud de aquellos á quienes habia gobernado.

II. César habia vuelto á Roma por el mes de junio (4), sin aguardar á su sucesor. Aquel regreso, que los historiadores consideran como premeditado, no lo era de modo alguno, puesto que sus poderes regulares habian vencido en enero de 694; pero tenia empeño en asistir á la próxima reunion de los comicios consulares, á los cuales se presentó con confianza, y miéntras hacia los preparativos de su triunfo, pidió que se le permitiese al mismo tiempo pretender el consulado.

(1) "Desde su juventud conoció á César y se captó la voluntad de aquel varon eminente. Entre la muchedumbre de sus amigos, César le distinguió como á uno de sus íntimos; en su pretura, durante su consulado, le destinó á la construccion de sus máquinas de guerra. Se aficionó á su prudencia, apreció su celo, aceptó sus buenos oficios y su afecto: en aquella época Balbo compartió casi todos los trabajos de César. [Ciceron, *Oracion en favor de Balbo*, xxviii.]

(2) "Porque aquel hombre [César] empezó por ser pretor en España, y dudando de la lealtad de esta provincia, no quiso conceder á sus habitantes la posibilidad de llegar con el tiempo á ser peligrosos, merced á una paz aparente. Prefirió hacer lo que importaba á los intereses de la República, mas bien que pasar tranquilamente el tiempo de su magistratura, y como los españoles se resistian á rendirse, los obligó á ello con la fuerza, con lo que evidentemente aventajó en gloria á cuantos le habian precedido en España, por cuanto es mas difícil conservar una conquista que hacerla." [Dion Casio, XLIV, xli.]

(3) Suetonio, *César*, LIV.

(4) "César llega dentro de dos dias. [Ciceron á Atico, II, 1. Junio 694.]

Investido del título de *imperator*, despues de haber, á favor de una rápida conquista, llevado los términos del imperio hasta las orillas septentrionales del Océano, podia legitimamente aspirar á aquella doble distincion; pero difícilmente se concedia. Para obtener el triunfo era preciso vivir fuera de Roma, conservar los lictores y el traje militar, y aguardar á que el senado fijase el dia de la entrada: para pretender el consulado era preciso, por el contrario, hallerse presente en Roma, vestir toga blanca (1), traje de los aspirantes á los honores, y residir en la ciudad muchos dias ántes de la eleccion. No siempre el senado habia considerado incompatibles las dos pretensiones (2), y acaso hubiera concedido aquel favor á César, si Caton hablando hasta el anochecer, no hubiese imposibilitado toda deliberacion (3). No habia andado este sin embargo tan rígido en 684; pero era porque entonces Pompeyo en realidad triunfaba de Sertorio, el grande enemigo de la aristocracia, aunque oficialmente no se trataba mas que de las victorias sobre los españoles (4). Obligado á optar entre una vana ceremonia y el poder, César no titubeó.

Bien preparado estaba el terreno para su eleccion; su popularidad habia ido en aumento, y el senado, demasiado ufano con su preponderancia, se habia enajenado la voluntad de los hombres mas poderosos. Pompeyo, descontento de todas las repulsas opuestas á sus justas reclamaciones, sabia muy bien ademas que la reciente ley por la que se declaraba enemigos públicos á los que corrompian á los electores, era un ataque directo contra él, supuesto que desembozadamente habia pagado la eleccion del cónsul Afranio; pero siempre insatuado de su persona, consolábase de sus reveses pavoneándose en su *magnífica toga bordada* (5). Craso, fiel por mucho tiempo al partido aristocrático, habia llegado á ser su adversario, á causa de la mal disimulada envidia que le tenian los grandes y de sus manejos para implicarle con César en la conspiracion de Catilina, y á pesar de que tenia en su mano los hilos de muchas intrigas, temia sin embargo comprometerse y evitaba *declararse en público contra toda persona influyente* (6).

[1] De aquí el nombre de *candidato*.

[2] "Muchos pretendientes al consulado habian sido nombrados, á pesar de estar ausentes: testigo Marcelo en 540." [Tito-Livio, XXIV, ix.]

(3) Plutarco, *Caton*, xxxvi.

(4) Floro, III, xxiii.

(5) Ciceron, *Cartas á Atico*, I, xviii.

(6) Ciceron, *Cartas á Atico*, I, xviii.

Lúculo, cansado de sus campañas y de las luchas intestinas, se retiraba de la política para disfrutar en paz de su inmenso caudal. Catulo había muerto, y los mas de los grandes seguían el impulso que les imprimían algunos senadores exaltados, sin curarse mucho de los negocios, y se consideraban los hombres más felices de la tierra cuando tenían en sus viveros barbos bastante bien enseñados para venir á comer en sus manos (1). Ciceron conocía su aislamiento: los nobles cuyas pasiones había servido, ya una vez pasado el peligro, no veían en él mas que un advenedizo; por lo cual prudentemente había mudado de convicciones: él, el exterminador de los conjurados, había defendido á P. Silla, uno de los cómplices de Catilina, y logrado su absolucion á pesar de la evidencia de las pruebas (2); él, el euérgico adversario de todo repartimiento de tierras, había sostenido la ley agraria de Flavio. Por entónces escribía á Atico: "He visto á nuestros afortunados del día, á esos grandes aficionados á viveros, no disimular ya la envidia que me tienen, y por eso he buscado mas sólidos arrimos (3)."

En efecto se había acercado á Pompeyo, reconociendo por lo bajo que no tenía "ni elevacion de ingenio, ni nobleza de alma. No sabe mas que agachar la cabeza y adular al pueblo, decía; pero héme aquí relacionado con él de tal manera, que á ambos, como particulares, nos tiene cuenta, y que, como hombres políticos, podemos unos y otros obrar con mas decision. Contra mí se había provocado el odio de esta juventud ardiente y sin principios; pero yo he sabido captármela tan bien con mis buenos modos, que ya á nadie tiene mas consideraciones que á mí; procuro en suma no ofender á nadie, pero sin bajeza ni populachería. Mi conducta en su conjunto está tan bien calculada, que el hombre público no cede en cosa alguna, y el hombre privado, que conoce la debilidad de los hombres de bien, la injusticia de los envidiosos y el rencor de los malos, toma sus precauciones y cuida de sí. (4)."

Ciceron se forjaba ilusiones en punto á las causas de su cambio de

(1) Ciceron, *Cartas á Atico*, II, 1.

(2) "Y aun parece que Ciceron pidió prestado al reo un millon de sestercios para comprar una casa en el monte Palatino." [Aulo-Gelio, XII, XII.]

(3) Ciceron, *Cartas á Atico*, I, XIX.

(4) Ciceron, *Cartas á Atico*, I, XIX.

política, y no se esplicaba bien á sí mismo las razones que le movían á buscar poderosos arrimos. Como todos los hombres sin carácter, en vez de confesar francamente los motivos de su conducta, se justificaba con sus amigos, pretendiendo que léjos de haber modificado sus opiniones, él era el que convertiría á Pompeyo y el que haría pronto la misma prueba sobre César. "Blandamente me sientas la mano encima, escribía á Atico, con motivo de mi amistad con Pompeyo; pero no vayas á figurarte que la he contraído con la mira puesta en mi seguridad personal. Todo ha sido obra de las circunstancias; "Al menor desacuerdo entre nosotros se conturbaba el Estado. Yo he tomado mis medidas y puesto mis condiciones, por manera que sin transigir sobre mis principios, que son los buenos, he logrado reducirle poco á poco á mejores ideas. Ya se va curando un poco de su afán de popularidad.... Si de la propia suerte consigo convertir á César, cuya barca va viento en popa, ¿habré con ello hecho algun daño al Estado (1)?" Ciceron, como todos los hombres cuya principal fuerza está en la palabra, conocía que no podía haer un papel importante ni siquiera estar en seguridad sino asociándose con los hombres de espada.

Mientras en Roma los dominadores del mundo se entregaban á mezquinas contiendas, una noticia alarmante vino de pronto á hacer olvidar los mapejos políticos, y fué la de que los aliados galos de las orillas del Saona habían sido batidos por los Germanos, á la par que los Helvecios se levantaban en son de guerra y hacían escursiones fuera de sus fronteras. El espanto fué general: creyóse en una nueva invasion de los Cimbro y de los Teutones, y como siempre en tales ocasiones, se decretó un alistamiento en masa sin escepcion (2). Los cónsules del año anterior sortearon sus provincias, y se decidió enviar comisarios encargados de entenderse con las tribus galas para resistir á las invasiones extranjeras, con cuyo motivo se pronunciaron primero los nombres de Pompeyo y de Ciceron; pero el senado, movido por diferentes razones, declaró que su presencia hacía demasiada falta en Roma para que se les permitiese alejarse. No se quería dar al primero una nueva ocasion de ponerse en evidencia, ni perder aunque por poco tiempo, el apoyo del segundo.

III. Llegadas mejores nuevas de la Galia, cesó por algun tiempo

(1) Ciceron, *Cartas á Atico*, II, 1.

(2) Ciceron, *Cartas á Atico*, I, XIX.

el temor de la guerra, y las cosas habian vuelto á un estado normal cuando regresó César de España. En medio de la confusion de las opiniones y de los intereses, la presencia de un hombre entero en sus propósitos, de convicciones profundas, ilustrado por recientes triunfos, fué sin duda alguna un suceso importante. Poco tiempo necesitó para juzgar la situacion, y no pudiendo todavía reunir á las masas con una grande idea, resolvió reunir á los gefes por medio de un interes comun.

Desde entonces enderezó todos sus esfuerzos á lograr que compartiesen sus miras Pompeyo, Craso y Ciceron. El primero estaba bastante mal dispuesto á su favor: de vuelta de su campaña contra Mitridates (1), le llamaba su Egisto, aludiendo á las relaciones que César habia tenido con su mujer Mucia, mientras que, semejante á Agamenon, estaba guerreando en Asia. Aquel resentimiento, muy débil por lo demas entre los romanos, desapareció en breve ante las exigencias de la política; y por lo tocante á Craso, á quien un envidioso antagonismo separaba hacia mucho tiempo de Pompeyo, necesarias fueron toda la habilidad de César y todas las seducciones de su trato para ponerle bien con su rival; mas para reducir á ambos á seguir una misma linea de conducta, necesitábase ademas hacer valer á sus ojos poderosos motivos capaces de convencerlos. Los historiadores, por lo general, no han dado como razon de la inteligencia de aquellos tres hombres mas que el cebo del interes personal; y si bien Pompeyo y Craso no eran ciertamente insensibles á una combinacion que favorecia su apego al poder y á las riquezas, justo es prestar á César un móvil mas levantado y suponerle la inspiracion del verdadero patriotismo.

De esta suerte debia presentarse á su vasta capacidad la situacion de la República: la dominacion romana, estendida sobre el mundo como un cuerpo inmenso, lo tiene apretado entre sus nervudos brazos; y mientras sus miembros están llenos de vida y de fuerza, el corazon se descompone por efecto de la corrupcion; sin un remedio heroico, el contagio cundirá en breve del centro á las estremidades, y la mision de Roma quedará inconclusa.—¡Compárense con lo presente los grandes dias de la República! ¡Recuérdense aquellos tiempos en que, tributando homenaje á la política del senado, los delegados de los pueblos extranjeros declaraban en alta voz que preferian á la independenciam

(1) Suetonio, *César*, I.

la protectora soberanía de Roma! Desde aquella época, ¡qué mudanza! Todos los pueblos aborrecen el poderío romano, y este poderío, sin embargo, los preserva de males todavía mayores. Con razon dice Ciceron: "Considérelo bien el Asia; si cesase de vivir bajo nuestras leyes, todas las calamidades hijas de la guerra y de las discordias civiles caerian sobre ella (1)." Y estos consejos pueden aplicarse á todos los países donde han penetrado las legiones. Si la suerte pues ha querido que las naciones viviesen sometidas á un solo pueblo, el deber de este pueblo, ejecutor de los eternos decretos, es ser con los vencidos justo y equitativo como la divinidad, puesto que es inexorable como el destino.—¿Cómo poner un término á la arbitrariedad de los prótulsules ó de los propretores, que todas las leyes promulgadas en un período de tantos años han sido impotentes para reprimir? ¿Cómo impedir las esacciones cometidas en todos los puntos del imperio, si no emana del poder central una direccion mas estable y robusta?—La República sigue sin regla un sistema de invasion que agotará sus recursos: es imposible batallar con todos los pueblos á la vez y mantener en la obediencia á los aliados, si con tratamientos injustos, se los impele á la rebelion. Fuerza es disminuir el número de los adversarios de la República dando libertad á las ciudades que la merecen (2), y reconocer como amigos del pueblo romano á los reinos con quienes hay probabilidades de vivir en paz (3). Los enemigos mas peligrosos son los Galos, y contra este pueblo, turbulento y belicoso, es contra el que mas importa dirigir todas las fuerzas del Estado.—En Italia, y bajo este nombre debe comprenderse la Galia cisalpina, ¡cuántos ciudadanos privados de los derechos políticos! En Roma, ¡cuántos proletarios que viven de la limosna de los ricos ó del Estado! ¿Por qué no estender hasta los Alpes el municipio romano, y por qué no aumentar la raza de los labradores y de los soldados haciéndolos propietarios? ¡Es preciso realzar al pueblo romano á sus propios ojos, y á la República á los ojos del universo! La libertad absoluta de la palabra y del voto era un gran beneficio, cuando, templada por las costumbres, contenida por una aristocracia poderosa,

(1) Ciceron, *Cartas á Quinto*, I, I, XI.

(2) César, cónsul y dictador, declaró libres á varias ciudades extranjeras.

(3) En el siguiente capítulo veremos que César hizo reconocer como amigos del pueblo romano á Auletes, rey de Egipto, y á Ariovisto, rey de los Germanos.

desarrollaba las facultades de cada uno sin menoscabar la prosperidad de todos; pero desde que, desapareciendo con la aristocracia las antiguas costumbres, viéronse las leyes convertidas en armas de guerra para el uso de los partidos, las elecciones en un tráfico, y hecho el Foro un campo de batalla, la libertad no es ya mas que una causa permanente de debilidad y decadencia.—Las instituciones crean una inestabilidad tal en los consejos y tal independencia en los oficios, que en vano se busca aquel espíritu de perseverancia y fiscalización, indispensables al mantenimiento y conservación de tan grande imperio. Sin derribar unas instituciones que han dado á la República cinco siglos de gloria, se puede, á favor de la unión íntima de los ciudadanos mas beneméritos, establecer en el Estado una autoridad moral que domine las pasiones, modere las leyes, dé mas estabilidad al poder, dirija las elecciones, mantenga en el deber á los mandatarios del pueblo romano, y conjure los dos mas graves peligros del momento: el egoísmo de los grandes y la efervescencia de las turbas. Este es lo que su union puede realizar. Su desunion, por el contrario, no hará mas que alentar la funesta conducta de esos hombres que comprometen igualmente el porvenir, unos con su resistencia, otros con sus impacientes arrebatos.

Fácilmente debian comprender estas consideraciones Pompeyo y Craso, actores en tan grandes sucesos, testigos de tanta sangre derramada en las guerras civiles, de tantas generosas ideas, ora triunfantes, ora vencidos. Aceptaron pues la oferta, y así se ajustó una alianza malamente llamada *primer triunvirato* (1). Por lo que respecta á Ciceron, César le instó á entrar en el pacto que acababa de formarse, pero se negó á unirse á lo que llamaba una reunion de amigos (2). Siempre indeciso en su conducta, siempre dividido entre su natural apego á los depositarios del poder y sus compromisos con los partidarios de la oligarquía, receloso del porvenir, que su prevision no acertaba á penetrar, empleaba su ingenio en impedir el logro de toda medida, que aprobaba luego una vez adoptada. La alianza que

(1) Llámense duumviros, decemviros, vigintiviros, los magistrados que, en número de dos, de diez ó de veinte, compartian el mismo oficio, y como en el caso presente solo se trataba de unir con un acuerdo tácito á los hombres mas considerables, el nombre de *triumvirato* no estaba bien aplicado.

(2) "Me in tribus sibi conjunctissimis consularibus esse voluit." (Ciceron, *Oracion en favor de las provincias consulares*, xvii.)

aquellos tres personajes sellaron con sus juramentos (1), quedó por mucho tiempo secreta, y solo durante el consulado de César vino á hacerse pública por la conformidad que demostraron en todas las resoluciones políticas. César puso pues ardientemente manos á la obra para reunir en su favor todas las probabilidades conducentes á asegurar su eleccion.

IV. Entre los candidatos se contaba L. Luceyo; César deseaba que se le agregase aquel personaje notable por sus escritos y su carácter (2), y que, dueño de un inmenso caudal, habia prometido emplearle con largueza en su comun provecho, para tener el mayor número de votos en las centurias. "Noticiosa la faccion aristocrática de aquel arreglo, dice Suetonio, se llenó de temor, persuadida de que nada habia que César no intentase en el ejercicio de la magistratura soberana, si tenia un colega que estuviese de acuerdo con él y se adhiciese á todos sus proyectos (3)." No pudiendo los grandes conseguir su derrota, resolvieron pues que se le agregase Bibulo, que, colega suyo ya en la edilidad y en la pretura, se habia demostrado su constante adversario. Todos contribuyeron con su bolsa á influir en las elecciones; Bibulo gastó cuantiosas sumas (4), y el mismo incorruptible Caton, que habia hecho el solemne juramento de perseguir ante la justicia á todo el que comprase los sufragios, contribuyó con su cuota, confesando por aquella vez que era preciso en el interes comun acallar la voz de los principios (5). No se mostraba Ciceron mas austero, y poco tiempo ántes, manifestaba á Atico la necesidad de comprar el auxilio de los caballeros (6). De esta suerte arrastraba la fuerza de las cosas, aun á los mas honrados, por la corriente de una sociedad corrompida.

Apoyado por el sentimiento público y por los dos hombres mas influyentes, César fué elegido cónsul por unanimidad, y acompañado,

(1) Dion-Casio, xxxvii, 57.

(2) Ciceron, *Cartas familiares*, V, xii.

(3) Suetonio, *César*, xix.—Eutropio, VI, xiv.—Plutarco, *César*, xiii.

(4) Suetonio, *César*, xix.

(5) Plutarco, *Caton*, xxvi, y Suetonio, xix.

(6) "Pero, dirás, ¿no tendremos de nuestra parte á los caballeros sino á precio de dinero? ¿Y qué remedio?.... ¿Tenemos la eleccion de los medios?" (Ciceron, *Cartas á Atico*, II, 1)

segun costumbre, desde el Campo de Marte hasta su casa, por la mayor parte de sus conciudadanos y gran número de senadores (1).

Si el partido opuesto á César no habia podido impedirle llegar al consulado, no se desesperanzaba de imposibilitarle de hacer el importante papel que debia corresponderle como procónsul. Con esta mira, el senado se decidió á eludir la ley de Cayo Graco, la cual, á fin de evitar que se designasen las provincias para las personas, queria que se verificase ántes de la reunion de los comicios. Separándose pues de la regla, la asamblea asignó á César y á su colega, con una malevolencia flagrante, la vigilancia de los bosques y de los caminos públicos, funciones asimiladas, es cierto, á las de gobernador de provincia (2). Aquella humillante designacion, prueba de una tenaz enemistad, le hirió profundamente, pero los deberes de su nueva dignidad acallaron sus resentimientos: el cónsul iba á olvidar las injurias hechas á César, y á ensayar generosamente una política de conciliacion.

(1) "Inde domum repetes toto comitante senatu,
"Officium populi vix capiente domo."
(Ovidio, *Ex Ponto*, epist. IV.)

(2) Suetonio, *César*, XIX.

CAPITULO QUINTO.

CONSULADO DE CÉSAR Y DE BIBULO.

(695.)

I. César ha llegado á la primera magistratura de la República. Cónsul con Bibulo á los cuarenta y un años, todavía no ha adquirido la justa celebridad de Pompeyo, no posee los tesoros de Craso, y sin embargo su influencia es tal vez mayor que la de aquellos dos personajes. La influencia política en efecto no estriba únicamente en triunfos militares ó en la posesion de inmensas riquezas, ántes se adquiere sobre todo con una conducta siempre ajustada á convicciones fijas. Solo César representa un principio, como que desde la edad de diez y ocho años ha arrostrado la cólera de Sila y la enemistad de los grandes por sustentar sin tregua las quejas de los oprimidos y los derechos de las provincias.

Mientras no está en el poder, exento de responsabilidad, camina invariablemente por la senda que se ha trazado, con nadie transige, persigue sin rebozo á los parciales del partido opuesto y sostiene enérgicamente sus opiniones, á riesgo de lastimar á sus adversarios; pero, una vez cónsul, abdica todo resentimiento, llama lealmente á cuantos quieran unírsele, y declara al senado que nada hará sin su cooperacion y que no propondrá cosa alguna contraria á sus prerogativas (1). Ofrece á su colega Bibulo una generosa reconciliacion, conjurándole en presencia de los senadores á poner un término á disensiones cuyos efectos, ya tan lamentables durante sus comunes edilidad y pretura, llegarían á ser funestos en su nueva posicion (2);

(1) Dion-Casio, XXXVIII, 1.

(2) Apiano, *Guerras civiles*, II, x.